

cuaderno de *abundancia y libertad*, capítulo 8

de Pierre Charbonnier nº 181

<continuación del cuaderno nº 174>

Pierre Charbonnier. *Abundancia y Libertad. Una historia medioambiental de las ideas políticas*. París: la Découverte, 2020. Traducido por Luis Alfonso Paláu C., Envigado, co, 8 de mayo de 2026.

8

La gran aceleración y el eclipse de la naturaleza

Freedom from want

El período que se extiende entre la formación del pacto liberal, su cuestionamiento por parte del socialismo, y su hundimiento temporal en el momento de la Segunda Guerra mundial, está marcado por la fortísima presencia del universo material impuesto por la industrialización al pensamiento político. Durante este período el orden social y su evolución pueden en efecto ser leídos muy fácilmente a través de las transformaciones tecnocientíficas bien rápidas que han afectado las relaciones con la tierra, con los recursos, con el territorio; y todas las ideologías políticas se apoyaron en un conocimiento y una narrativa de esas relaciones para desentrañar las condiciones de un progreso lineal, indefinido y compartido. Luego del traumatismo político y moral de 1945 se abrió un nuevo período, que desde el punto de vista de una historia medioambiental de las ideas políticas se puede caracterizar por una paradoja. Mientras que en las regiones de la primera industrialización la reconstrucción material y política da lugar a un fenómeno de aceleración sin equivalente del esfuerzo extractivo y productivo, los saberes sociales y críticos elaborados durante dicho período dan testimonio de lo que se podría llamar un eclipse de la consciencia material. Durante una fase transitoria que corresponde a lo que se acostumbra llamar en Francia los Treinta Gloriosos <1945-1975>, el conocimiento sociológico e histórico, así como las construcciones conceptuales dominantes que sostienen el proyecto de emancipación, no han hecho emerger paradigma susceptible de registrar en un plano epistémico y político la forma específica del régimen geo-ecológico que les era contemporáneo.

Por razones que nos gustaría brevemente aclarar, la consciencia social mayoritaria permanece dominada por el horizonte del “capitalismo democrático”¹, ya sea que ella se traduzca a un nivel ordinario o en uno epistemológicamente más equipado. Por todas partes donde el choque de la guerra se hizo sentir, la conjunción de dos cosas, 1/ el establecimiento de protecciones sociales mínimas en el dominio de la salud, del trabajo, de la educación, y, 2/ la esperanza de una liquidación definitiva del espectro totalitario... impuso la democracia liberal como un destino histórico difícilmente inevitable, por lo demás en beneficio de las millones de personas que componían la clase media. El célebre discurso pronunciado por F. D. Roosevelt el 6 de enero de 1941 sobre las cuatro libertades fundamentales que debían regir las democracias una vez vencido el enemigo fascista daba al principio de *freedom from want*, es decir: estar al abrigo de las necesidades (a los lados de la libertad de palabra, de culto, y de protección contra la violencia política) adquiriría un valor absoluto; estar al abrigo de la necesidad significaba que las funciones vitales de los ciudadanos, el aparato productivo industrial y la regulación política estaban asociadas en una dinámica común que santificaba la negación de las rudezas de la naturaleza. Al año siguiente, el documento redactado por Beveridge que habría de montar el marco para el sistema de protección social inglés empleaba la misma retórica: “el objetivo del Plan para la seguridad social es abolir la carencia, asegurándole para ello a cada ciudadano dispuesto a servir a la altura de sus capacidades, un ingreso suficiente para asumir sus responsabilidades”². Un poco más tarde en 1963, Kennedy reformulará la mística del crecimiento democrático al mismo tiempo que afirmaba: “*A rising tide lifts all boats*”: “la marea alta levanta todos los barcos”³.

Este ensamblaje específico de Estados y mercados corresponde en un sentido a lo que Polanyi trata de conceptualizar al final de *la Gran Transformación*, con la única diferencia de que ni el trabajo ni la tierra han estado nunca desmercantilizados. Los acuerdos de Breton Woods han claramente asegurado un control sobre la finanza internacional, pero paralelamente a eso el orden mercante ha retomado sus derechos bajo la protección de los dispositivos de aseguramiento. El Estado providencia se desplegó como un conjunto de medidas protectoras destinadas a fluidificar el proceso de acumulación, a integrar los Estados más desarrollados a la competencia que les oponía cada vez más a los países “en vías de

¹ Empleo este término en el sentido que le da Wolfgang Streeck en *Comprando tiempo. la Crisis pospuesta del capitalismo democrático*. Madrid: Katz, 2016. < Desde 2008, las democracias prósperas de Occidente se enfrentan a una crisis financiera y fiscal que corroe los fundamentos mismos del Estado de bienestar fundado al fin de la Segunda Guerra Mundial. En esta obra, rápidamente convertida en una referencia para la comprensión de los graves problemas del mundo contemporáneo, Wolfgang Streeck muestra cómo esta crisis hunde sus raíces en la larga transformación neoliberal que comenzó en la década de 1970. Apoyándose en las teorías de la crisis ya bosquejadas en aquellos años, Streeck analiza el modo en que la tensión entre capitalismo y democracia se ha desarrollado en las últimas cuatro décadas, intensificando los conflictos entre los estados, los votantes y los dueños del capital. El autor muestra de qué modo la crisis final de la relación entre el capitalismo y la democracia fue recurrentemente postergada gracias a que los gobiernos fueron comprando tiempo, primero por medio de la inflación, luego a través de deuda pública, más tarde expandiendo los mercados privados de crédito y finalmente, hoy, mediante la compra por parte de los bancos centrales de deuda pública y pasivos bancarios. El resultado es que “la democracia ha sido esterilizada como democracia redistributiva de masas y reducida a una combinación de Estado de derecho y entretenimiento público”. Sinopsis de librerías A. Machado >

² William Beveridge, “Social insurance and allied services”, H. M. Stationery Office, 1943, § 444. *La seguridad social en Inglaterra. Plan Beveridge*, conocido como “Informe Beveridge” <http://biblioteca.ciess.org/adiss/ADISS2014-030>

³ Sobre la implicación de los intelectuales en el *welfare* norteamericano, ver Nils Gilman, *Mandarins of the Future. Modernization Theory in Cold War America*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2007; sobre la guerra contra la pobreza, ver Romain Huert. *¿Fin de la pobreza?*

desarrollo” sobre el mercado de trabajo y absorber las consecuencias del desempleo estructural. El Estado-providencia se hundió así en una crisis de la que no ha salido aún, puesto que un cierto nivel de acumulación siguió siendo necesario para el financiamiento de los dispositivos de protección. Estos últimos se han vuelto recíprocamente una condición estructural del buen funcionamiento de la economía, aunque generalmente se la presenta como dependiente únicamente del mercado⁴.

La potencia que ejercen los ideales de progreso sobre la consciencia colectiva de la post-guerra y su implementación política van de la mano con el eclipse de las preocupaciones materiales, con la rebaja de la sensibilidad colectiva frente a las limitaciones que impone la técnica al ejercicio de la libertad. Pero esto no significa sin embargo que haya que entablarle un proceso unilateral a los Treinta Gloriosos desde un punto de vista medioambiental⁵. La idea de una generación, la de los “baby-boomers”, obsesionada por la prosperidad y el consumo, que habría sacrificado todos los equilibrios ecológicos planetarios para obtener un beneficio inmediato y temporal, evidentemente que es seductora, y se la encuentra a menudo expresada en la literatura ecologista. Por nuestro lado, nos contentaremos con tomar nota del enigma que constituye este eclipse. En efecto se puede comprender de manera intuitiva que las masas populares hayan quedado conquistadas por el mejoramiento manifiesto de las condiciones de existencia, generalmente simbolizado por la accesibilidad al equipamiento de los electrodomésticos, y por el mantenimiento de una cierta movilidad social, sinónimo de oportunidades de ascenso. El alivio experimentado luego de terminado el terror totalitario impuso la protección de los derechos humanos y sociales, como una prioridad absoluta, tan absoluta en el fondo como lo había sido la violencia política y la guerra como encarnación del mal, y el acceso a un nivel de vida elevado era efectivamente un buen medio de apagar las pasiones políticas peligrosas de los años 1930. En este contexto, la emancipación político-jurídica y la aceleración del proyecto tecnocientífico han quedado asociados como nunca lo habían estado antes en la historia, y las primeras formas de contestación del progreso expresadas en el idioma medioambiental fueron expulsadas hacia los márgenes de la crítica social⁶. La trampa del “progresismo” que tiende a asimilar la garantía de los derechos y la abundancia material, estaba camino de encerrarse sobre la vida política occidental.

En Francia, una de las expresiones intelectuales más sorprendentes de esa época de confianza con respecto al progreso económico y social es presentada por Jean Fourastié. En efecto, él no solamente fue el introductor de la expresión “Treinta Gloriosos”, sino sobre todo

⁴ Claus Offe. *The Contradictions of the Welfare State*. Londres: Hutchinson, 1984, pp. 150-153.

⁵ Para una contra-historia escrita desde este ángulo, ver Céline Pessis, Sezin Topçu, Christophe Bonneuil (dir.). *une Autre histoire des Trente Glorieuses. Modernisation, contestations et pollutions dans la France d'après guerre*. París: Découverte, 2013.

⁶ Piénsese por ejemplo en Rachel Carson, 1962, *Silent Spring. Primavera silenciosa*. Madrid: Crítica, 2010 <*Primavera silenciosa* (1962), de la bióloga marina y zoóloga estadounidense Rachel Louise Carson (1907-1964), es un libro que es preciso conocer ya que aborda uno de los problemas más graves que produjo el siglo XX: la contaminación que sufre la Tierra. Utilizando un lenguaje transparente, el rigor propio del mejor análisis científico y ejemplos estremecedores, Carson denunció los efectos nocivos que para la naturaleza tenía el empleo masivo de productos químicos como los pesticidas, el DDT en particular. Se trata, por consiguiente, de un libro de ciencia que va más allá del universo científico para adentrarse en el turbulento mundo de “lo social”. Su trascendencia fue tal que hoy está considerado uno de los principales responsables de la aparición de los movimientos ecologistas a favor de la conservación de la naturaleza. De hecho, *Primavera silenciosa* consiguió lo que pocos textos científicos logran: iluminar nuestros conocimientos de procesos que tienen lugar en la naturaleza y despertar el interés de la sociedad tanto por la ciencia que es necesaria para comprender lo que sucede en nuestro planeta, como por la situación presente y futura de la vida que existe en él. la editorial >

uno de los maestros de obra del relanzamiento de la economía francesa, a través de su participación a partir de 1944 en el Comisariado del Plan y a través de su obra publicada. En particular *Maquinismo y bienestar* publicado en 1951, establece de manera meticulosa los argumentos susceptibles de nutrir el optimismo de las clases medias y populares. Capítulo tras capítulo él despliega el conjunto de los mejoramientos materiales en los que es legítimo invertir sus esperanzas. El argumento reposa sobre la idea de un aumento de la productividad del trabajo, que ha sido hecho posible por la tecnología, y de una rebaja subsecuente en los precios de los bienes de consumo básicos. Una serie de consecuencias se siguen de este aumento del “nivel de vida”⁷ según Fourastié, y es verdaderamente sobre este plan que se produce el esfuerzo ideológico. El autor insiste sobre las tecnologías que hacen posible la conquista de la comodidad privada, es decir la formación de entidades familiares protegidas a la vez de las amenazas producidas por la exposición a la naturaleza (Fourastié va a subrayar que la urbanización libera al hombre de la tierra⁸) y de las amenazas internas que provienen de la promiscuidad: la arquitectura, la cualidad de los materiales, la organización espacial de lo construido, el calentamiento y el aislamiento, las artes domésticas, todas estas innovaciones aparentemente triviales contienen el secreto de la “vida moderna” tal y como ella ha sido experimentada en los hogares de las clases medias. Fourastié describe lo que se podría llamar las “infraestructuras de la intimidad”: el conjunto de los instrumentos y redes técnicas que garantizan la clausura del universo privado y doméstico sobre sí mismo⁹.

Sin embargo, eso que se llama en la actualidad la “gran aceleración”¹⁰ aparece retrospectivamente como un momento histórico irreductible a esta melodía de la dicha. Su carácter espectacular fue iluminado por las ciencias del sistema-Tierra, de aquí en adelante capaces de agregar datos extremadamente variados y representativos (cuando no completos) sobre una serie de indicadores a la vez socio-económicos y geo-climáticos. Si se considera el PIB, o más concretamente la cantidad de energía, de agua o de fertilizantes consumidos anualmente por la economía global, se obtiene entonces grafos en “crosse de hockey”¹¹; la fecha de 1950 marca un paso de un crecimiento lento y continuo de todas las curvas, desde que arrancó el decolaje industrial hasta su brutal aceleración. No se trata simplemente de una recuperación de los años de guerra, pues la orientación de la curva cambia duraderamente, a lo largo de muchos decenios. Pero lo más interesante es que los indicadores geo-climáticos siguen la misma trayectoria: la acumulación de CO₂ atmosférica especialmente, así como otros residuos de la actividad industrial, la explotación de los recursos marinos, la pérdida de la biodiversidad, etc., todo esto manifiesta un paralelismo sorprendente con el ritmo económico. Todas estas características hacen, ciertamente desde un punto de vista histórico distanciado, de la inmediata post-guerra un acontecimiento a priori fácilmente detectable, por no decir francamente imborrable puesto que está registrado en el cuerpo mismo del planeta

⁷ La obra está construida sobre una distinción entre “nivel de vida”, que representan los indicadores puramente económicos sobre la accesibilidad de los bienes, y “género de vida” que designa el mejoramiento cualitativo autorizado por los progresos del hábitat, de la medicina, de la educación.

⁸ Jean Fourastié. *Machinisme et Bien-être*. París: Minuit, 1951, p. 9.

⁹ Para una reflexión histórica sobre la conquista del aislamiento doméstico, ver Chris Otter, “Encapsulation. Inner Worlds and their Discontents”, *Journal of Literature and Science*, vol. 10, n° 2, pp. 55-66.

¹⁰ W. Steffen, W. Broadgate, L. Deutsch, O. Gaffney & C. Ludwig, “the Trajectory of the Anthropocene. The Great Acceleration”, *the Anthropocene Review*, vol. 2, n° 1, 2015, pp. 81-98. John R. McNeill, *the Great Acceleration. An Environmental History of the Anthropocene since 1945*. Cambridge: Harvard University Press, 2014.

¹¹ Sobre la utilización controversial de esta expresión, especialmente en el tercer reporte del GIEC, ver el excelente artículo de Wikipédia: < https://en.wikipedia.org/wiki/Hockey_stick_controversy >

Tierra (es lo que hoy llamamos el antropoceno). Lo que ahora se plantea pues es la marca dejada también por esta secuencia histórica y ecológica completamente singular en el mundo intelectual, y esto tanto más cuanto que esta marca parece *a priori* esencialmente negativa: la gran aceleración ha sido sin duda un momento en el que el impulso económico del mundo industrial funcionó como una envoltura tranquilizadora dejando a un lado las amenazas, los riesgos y las crisis, al mismo tiempo que se preparaba un nuevo régimen de riesgos, de crisis y de catástrofes que sólo se ha visto a plena luz más tarde. Dos hipótesis complementarias se presentan para aclarar las consecuencias teóricas de esta tensión.

La primera hipótesis supone que se tome en serio el traumatismo provocado por la experiencia totalitaria sobre la consciencia colectiva europea y occidental; para responder a ella, se le dio la prioridad a la eliminación definitiva de la violencia política y de la represión de las libertades fundamentales, es decir: se colocó en la cima de la agenda política la lucha por los derechos del hombre, o por la emancipación de las masas, y haciéndolo la filosofía política se despreocupó de los viejos problemas que provenían del choque metabólico de la primera industrialización. Veremos entonces que, por el lado de los pensadores del liberalismo anti-totalitario como de los teóricos de las patologías del capitalismo avanzado, el horizonte de la autonomía-extracción determina aún ampliamente las operaciones conceptuales más de moda del movimiento de emancipación; la autonomía se reafirma como el resultado de una lucha contra todo poder constriñente, ya sea interno o externo a la sociedad.

La segunda hipótesis consiste en ir a buscar en los dispositivos técnicos e institucionales propios de la post-guerra las características que han vuelto en parte *invisible* la aceleración sin embargo manifiesta del ritmo económico y por tanto el renacimiento de una concepción encapsulada de las libertades políticas. Hablar aquí de invisibilidad no deja de tener dificultades; se lo ha dicho, a nadie se le escapaba el espectáculo del mejoramiento material y del consumo de masas propios del día siguiente de la guerra, ya se tratara de sus abogados o de sus objetores más virulentos. Lo que es invisible, o lo que se volvió tal, es más bien la red de dependencias materiales que configura esa época. Se verá así como una serie de factores a la vez sociales y materiales alimentan la insensibilidad ecológica: la adopción de un sistema energético aparentemente sin obligaciones ni límites dominado por el petróleo y la nuclear... lo que implicó la externalización masiva de los costos ecológicos del desarrollo en el espacio y en el tiempo, es decir: se los reportó a regiones marginales y hacia el porvenir de dichos costos y de esos riesgos.

Al día siguiente de la Segunda Guerra mundial, la constitución de dos grandes bloques rivales coloca el decorado de lo que todavía no se llamaba la guerra fría. Si esta oposición separa dos orientaciones ideológicas conectadas a un mismo zócalo industrial girado hacia el crecimiento de los medios de producción, se puede decir que por el lado euro-estadounidense el horizonte de progreso ha sido masivamente vaciado de su sentido político. Como lo hemos visto a través de la evocación de Jean Fourastié, las perspectivas ofrecidas por la reconstrucción y la reforma del capitalismo en el sentido de una más grande protección económica y social, no se presentan ni en el legado del socialismo (concepto entonces capturado por la experiencia soviética) ni como puramente liberales; son presentadas como más trivialmente tecnológicas, a la vez extranjeras e indiferentes a la polarización política

heredada del siglo XIX¹². Después del episodio del conflicto mundial, nada puede aparecer como más asegurador en efecto que desembarazarse de la política como tal, es decir de la subordinación de las preferencias individuales a un marco dogmático explícito. La suspensión de las pasiones ideológicas aparece como una excelente manera de exorcizar la angustia nacida de una politización extrema de la experiencia colectiva que, luego de haberse desplegado en toda su amplitud en los años 1930, terminó en catástrofe. Desde el punto de vista de una historia más profunda, se puede ver en esta anestesia temporal de la razón política moderna, el triunfo tardío de la pareja formada por la abundancia y la libertad. La emancipación por la conquista de un mejor nivel de vida, la puesta en ecuación del bienestar material con la satisfacción de las esperanzas seculares, la autolimitación del poder político y la delegación de las responsabilidades a la economía, todo esto no hace sino prolongar en el modo de la evidencia y del buen sentido, las fórmulas de la economía política clásica con respecto a. su potencial de democratización¹³.

El contexto político y económico completamente singular de la guerra fría ha suscitado muchas actitudes distintas, y es muy instructiva la manera cómo se han polarizado en los años 1960. En efecto, el discurso anti-totalitario encontró en la Unión soviética la encarnación residual de los fantasmas políticos de antes de la guerra y ha hecho de la lucha contra la ideología comunista el vehículo de una reafirmación de principios liberales. Para su representante principal en Francia, Raymond Aron, este discurso busca interpretar la victoria de los Aliados en 1945 como el establecimiento de un cordón sanitario contra toda resurgencia utópica en el seno de la modernidad. De allí en adelante, las tensiones y contradicciones propias de las sociedades industriales deberán ser tratadas como fenómenos inherentes a la dinámica del progreso que, si bien es indiscutible en sus realizaciones más fundamentales (la igualdad y la libertad constituyendo sus objetivos directores), permanece sometida a accidentes en el recorrido y a las necesarias correcciones marginales. Contrariamente a los neoliberales como Hayek, Aron no es un teórico de la economía; no presenta el mercado como la expresión ideal de un orden inmanente a las voluntades individuales, y la integración social sobre una libertad económica enmarcada en un Estado que al asumir sus funciones reguladoras le parezca como lo mejor su compromiso para preservar la sociedad de la absolutización de la razón económica bajo todas sus formas, y no pues solamente la marxista. No hay pues desacuerdo fundamental entre Aron y la visión de porvenir presentada por Fouratié (el primero que hace por lo demás del segundo una de sus principales referencias¹⁴), salvo que el filósofo y sociólogo trata de repolitizar, de volver a legitimar conceptualmente lo que se presentaba en el discurso de la reconstrucción como una evidencia apolítica, como una pura inercia de los hechos.

Los escritos de los años 1960 de Raymond Aron, y en particular las *Desilusiones del Progreso*, se inscriben en efecto en un contexto donde la crítica del modelo económico y cultural dominante está ya bien estructurada, en Francia y en el conjunto del mundo occidental. Frente a la idea según la cual las tendencias totalitarias de la modernidad estarían en curso de reactivación bajo la cubierta de protección de los derechos y de la igualdad, y

¹² Sobre la emergencia de un consenso a propósito del crecimiento, ver por ejemplo Charles S. Maier, "Politics of Productivity. Foundations of American International Economic Policy after World War II", *International Organizations*, vol. 31, n° 4, 1977, pp. 607-633.

¹³ Es en este contexto por ejemplo en el que el historiador David Potter define la abundancia como un rasgo comportamental y cultural invariante de la conciencia estadounidense. Ver *People of Plenty. Abundance and the American Character*. Chicago: University of Chicago Press, 1954.

¹⁴ Especialmente en las *Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial*. Barcelona: Seix Barral, 1965.

bajo la forma de un aplastamiento del individuo en la sociedad de consumo de masas, se hace sentir la necesidad de un liberalismo de segundo grado. Se entiende por ello un liberalismo que no se prevale ya solamente del orden establecido sino que entiende presentarse como la respuesta adecuada para las patologías sociales propias de las sociedades industriales desarrolladas. Entre estas patologías, es necesario por supuesto filar la incompleta realización de los ideales de igualdad, de paz y de universalidad de los valores, pero también (y sobre todo si le creemos a Aron) la agitación y la indisciplina de una juventud rebelde que, al no haber conocido realmente la guerra, ignora también su oportunidad de vivir del buen lado del Telón de hierro. La exigencia incontrolada de una sociedad sin dueños y sin desigualdades constituye entonces la paradoja de una fanatización de la aspiración democrática; las reivindicaciones de los desclasados, de las minorías culturales, de las mujeres, aparecen como la expresión de una sensibilidad extrema con respecto a los disfuncionamientos inherentes a la vida social, y querer acceder a estos reclamos le haría correr a la sociedad el riesgo de una desintegración social más grave y más violenta aún¹⁵. La crítica de la crítica que desarrolla Aron en este período crucial sólo se comprende pues como una respuesta a lo que él llama la “dialéctica de la modernidad”; empujados hasta su punto de incandescencia bajo el efecto de un conflicto esencialmente generacional, los principios de la modernidad llegan a constituirse en la amenaza para su propia perpetuación.

Emancipación y aceleración: Herbert Marcuse

Si el patriotismo intelectual empuja a menudo en Francia a oponer a Sartre, especialmente en su *Crítica de la razón dialéctica*, con Aron, es más bien del lado de Herbert Marcuse donde se irá a buscar una crítica radical de la “sociedad industrial avanzada”¹⁶, susceptible de revelar sus ambigüedades. Por supuesto que Marcuse es uno de los pensadores más influyentes del movimiento contra-cultural de los años 1960, pero también es el que, en el seno de ese movimiento, más explícitamente apoyó su reflexión sobre la dinámica de la abundancia y de la autonomía. *El Hombre unidimensional* puede ser desde este punto de vista utilizado como una sonda para examinar el sentido filosófico de lo que se ha llamado antes el eclipse de la reflexividad material.

Puesto que se trata de explicitar las consecuencias del choque totalitario sobre el pensamiento de la post-guerra, comencemos por estas frases:

En virtud de la manera en que ha organizado su base tecnológica, la sociedad industrial contemporánea tiende a ser totalitaria. Porque no es sólo «totalitaria» una coordinación política terrorista de la sociedad, sino también una coordinación técnico-económica no-terrorista que opera a través de la manipulación de las necesidades a nombre de un falso interés general (...) No sólo una forma específica de gobierno o de partido hace posible el totalitarismo, sino también un sistema

¹⁵ Resumimos aquí a grandes rasgos la argumentación desarrollada en el prefacio añadido por Raymond Aron en 1969 a *Progreso y Desilusión*, Caracas: Monte Ávila, 1969, pp. VII-XXIII. Éste fue redactado bajo el golpe de los acontecimientos de mayo del 68, que para Aron confirmaron sus temores con respecto a la amenaza contestataria.

¹⁶ Herbert Marcuse (1964). *El Hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Barcelona: Planeta-Agostini, 1993.

específico de producción y distribución que puede muy bien ser compatible con un «pluralismo» de partidos, periódicos, «separación de los poderes», etc.¹⁷

Marcuse escribe estas líneas menos de veinte años después de la caída del nazismo; había vivido las dos guerras mundiales y no se puede sospechar de que le esté dando al concepto de totalitarismo una valor atenuado, degradado. Cuando afirma que la consolidación del capitalismo por el *welfare*¹⁸ y que la sociedad de consumo “tiende al totalitarismo”, no se trata pues para él de una figura de estilo; el término es utilizado con toda su carga histórica y axiológica. Sin embargo toma una significación singular, coloreada por la influencia filosófica de Adorno y Horkheimer¹⁹, que consiste en asignarle al capitalismo la amplitud y la penetración de una forma de vida totalizante, a la que no escapa ninguna dimensión de la existencia individual y colectiva. Esta interpretación del concepto de totalidad establece una pasarela entre la concepción económica de la totalización, heredada del marxismo, y su dimensión política; lo que logra el capitalismo de reconstrucción, cuando parte a la conquista del aparato pulsional de los individuos, es funcionalmente similar a lo que pensaban poner en operación los regímenes totalitarios de antes de la guerra, con la sola diferencia de que el primero lo logra por medios aparentemente pacíficos. La especificidad de Marcuse estuvo entonces en asumir este acercamiento entre dos formas de totalidad, y problematizarlo de la manera más coherente posible.

Fue sobre este punto que entró en juego teórico la cuestión de la abundancia material. Marcuse concede sin dificultad que las sociedades reconstruidas luego de la guerra no manifiestan “terror abierto” y se caracterizan por su prosperidad inigualada²⁰. Pero esta apariencia de paz oculta paradójicamente el despliegue de un proyecto tanto más pernicioso cuanto que logra hacerse aceptar por el mayor número de personas y por “tragarse la crítica”. Es así como describe en los primeros capítulos del libro el efecto neutralizador de una organización tecnológica que multiplica el poder productivo de los humanos y parece

¹⁷ *Ibid.*, p. 33.

¹⁸ Sobre el *welfare*, ver *ibid.*, pp. 79 ss. Lo que la traducción española llama el “estado del bienestar” es el inglés “*Welfare State*”.

¹⁹ Theodor Adorno & Max Horkheimer (1944). *La dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid: Trotta, 1998. < “La Ilustración, en el más amplio sentido de pensamiento en continuo progreso, ha perseguido desde siempre el objetivo de liberar a los hombres del miedo y constituirlos en señores. Pero la tierra enteramente ilustrada resplandece bajo el signo de una triunfal calamidad.” *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*, también conocido como *Dialéctica del Iluminismo*, analiza el proceso lógico e histórico por el cual la Ilustración ha conducido irremediamente a convertirse en su contrario, en mito y barbarie. Además de sostener dicha tesis, los autores indagan sobre las condiciones de posibilidad para salvaguardar el proyecto de las *Lucas* en un contexto donde la civilización se encuentra bajo amenaza. La Editorial>

²⁰ Ver *el Hombre unidimensional*, p. 7 <“Prefacio de la ed. francesa”: Los individuos y las clases reproducen la represión sufrida mejor que en ninguna época anterior, pues el proceso de integración tiene lugar, en lo esencial, sin un terror abierto: la democracia consolida la dominación más firmemente que el absolutismo, y libertad administrada y represión instintiva llegan a ser las fuentes renovadas sin cesar de la productividad. Sobre semejante base la productividad se convierte en destrucción, destrucción que el sistema practica «hacia el exterior», a escala del planeta... *Ed. cit.*>. Este problema se desarrolla de manera elocuente en un discurso pronunciado en julio de 1967 en Londres: “El problema al que hacemos frente es la necesidad de liberación con respecto a una sociedad que no es ni pobre, ni que esté en vías de desintegración, ni siquiera en la mayor parte de los casos terroristas, sino de una sociedad que la concede una gran importancia a la satisfacción de las necesidades materiales y culturales de los hombres, una sociedad que, para utilizar un eslogan, provee sus beneficios a una amplia parte de la población”. *Cfr.* “Liberation from the affluent society”, in *Collected Works*, vol. 3, “the new Left and the 1960s”, Londres: Routledge, 2005, p. 77.

responder a sus más legítimas necesidades, entre las cuales está la eliminación de la violencia política. El silencio de la crítica, al que debe ponerle fin el gesto político-profético de Marcuse, se explica por la capacidad de la organización técnica para parasitar y orientar el deseo de los miembros de las sociedades industriales avanzadas en una dirección que hace imposible su contestación. Esta organización técnica logra, en tanto que sistema total y por tanto tendencialmente totalitaria, instituirse como tribunal de las necesidades²¹; las necesidades de posesión que ofrecen una salida a los órganos productivos son denominadas como verdaderas y legítimas, mientras que las otras son reprimidas, y su compensación sublimada (especialmente en el arte) es inhibida también ella. Es así como “los controles sociales exigen la abrumadora necesidad de producir y consumir el despilfarro; la necesidad de un trabajo embrutecedor cuando ha dejado de ser una verdadera necesidad; la necesidad de modos de descanso que alivian y prolongan ese embrutecimiento; la necesidad de mantener libertades engañosas tales como la libre competencia a precios políticos, una prensa libre que se autocensura, una elección libre entre marcas y *gadgets*. Bajo el gobierno de una totalidad represiva, la libertad se puede convertir en un poderoso instrumento de dominación”²².

Si el infierno se encuentra tras la prosperidad²³, si la relación libidinal con la mercancía procura a las masas un simulacro de libertad por la que ellas se mantienen en un estado de euforia fácilmente gobernable, es porque el proyecto de abundancia encontró su realización última. Marcuse no se lanza a análisis históricos sobre la emergencia de este proyecto, sobre la manera cómo llegó a asimilarse a la autonomización de los grupos y de los individuos en su seno <en el del grupo>, sino que articula de manera rigurosa un contra-análisis del potencial de fascinación incluido en la resolución del problema económico. La ilimitación de las fuerzas económicas no tiene esta dimensión de alienación radical sino porque pasa por una reconfiguración total de las aspiraciones psico-afectivas de la persona, reconfiguración puesta al servicio de una organización económica de la escasez. El marco marxista inicial es pues desbordado por un esquema freudiano que define el equilibrio pulsional como una escena primitiva sobre la que se despliegan las fuerzas históricas²⁴. Finalmente un tercer marco de análisis viene a completar el del psicoanálisis; al afirmar que la totalización capitalista se sostiene esencialmente en la apariencia de objetividad que le confiere el sistema tecnológico sobre el que reposa, Marcuse toma prestado de Husserl y de Heidegger la tópica de una mutilación tecnocientífica de las auténticas relaciones con el mundo²⁵. El régimen productivo que se puso a funcionar al día siguiente de la guerra según un compromiso entre Estado y mercados, la aspiración general a la comodidad y al apaciguamiento de las pasiones políticas, la búsqueda de una concordia social mínima en la emergencia de una cultura popular... todo estos fenómenos sociológicos son en definitiva reducido a la aplicación universal de la racionalidad formal y cuantificadora.

Por supuesto que se podría tener serias dudas en cuanto a la significación de un libro que echa mano de todo lo que dispone, y que emplea uno tras otro todos los repertorios conceptuales de la crítica entonces disponible para agobiar a las clases medias y populares incapaces de rebelarse. Las disposiciones aristocráticas y la concepción profética de la crítica

²¹ La metáfora jurídica se encuentra en la p. 36.

²² *Ibid.*, p. 37.

²³ *Ibid.*, p. 270.

²⁴ Ver *Eros y civilización*. Madrid: Sarpe, 1983.
<https://monoskop.org/images/b/b6/Herbert_Marcuse_Eros_y_civilizacion_1983.pdf >

²⁵ *El hombre unidimensional*, cap. 6.

necesarias para el desarrollo de un tal discurso no dejan la menor duda; Marcuse no teoriza un movimiento de oposición social políticamente estructurado, sino que erige el esfuerzo especulativo en operación de develamiento. Pero acá no está lo esencial. Lo esencial es que el horizonte de emancipación que se despliega a partir de estas constataciones parece estar preso de las contradicciones del “sistema” que pretendidamente denuncia. Marcuse describe en efecto con bastante precisión los contornos de una sociedad desembarazada del totalitarismo propio del modelo keynesiano y de las aspiraciones pequeñoburguesas que lo acompañan; y sin duda que fue esto lo que aseguró su éxito. En el plano económico, según él el movimiento emancipador debe reapropriarse la potencia técnica para retirarles su función puramente productiva, y hacer de las mediaciones técnicas el sustrato de un libre juego que regulará sobre el modo de la estética las relaciones con el mundo natural:

La sociedad industrial avanzada se está acercando al estadio en que el progreso continuo exigirá una subversión radical de la organización y dirección predominante del progreso. Esta fase será alcanzada cuando la producción material (incluyendo los servicios necesarios) se automatice hasta el punto en que todas las necesidades vitales puedan ser satisfechas mientras que el tiempo de trabajo necesario se reduzca a tiempo marginal. De este punto en adelante, el progreso técnico trascenderá el reino de la necesidad, en el que servía de instrumento de dominación y explotación, lo cual limitaba por tanto su racionalidad; la tecnología estará sujeta al libre juego de las facultades en la lucha por la pacificación de la naturaleza y de la sociedad²⁶

El ideal marxista de una sociedad desembarazada de las necesidades económicas es recuperado aquí rigurosamente, solamente dopado por las posibilidades aparentes de la automatización integral de las tareas funcionales. Tendencialmente, la emancipación se concibe como el fin de la dimensión económica de la existencia: “Así, la libertad económica significaría estar liberado *de* la economía, de estar controlados por fuerzas y relaciones económicas, estar liberado de la diaria lucha por la existencia, no estar obligado a ganarse la vida”²⁷. La eliminación de la escasez objetiva debe prolongarse así por la eliminación de la escasez artificialmente mantenida por la organización económica.

La “pacificación” de las relaciones con el mundo que busca defender Marcuse toman sin embargo una significación ambivalente. Por un lado, es perfectamente legítimo ver allí una de las fuentes de la ecología política contemporánea; al afirmar que el capitalismo se acompaña de una promoción deletérea de una carrera por la explotación, él asocia las patologías sociales con las patologías medioambientales, lección que recordará en Francia André Gorz. Numerosos pasajes del libro testimonian esta idea de una guerra contra la naturaleza, de una alienación conjunta de los hombres y de los medios, reducidos a sus características funcionales²⁸. Las sociedades prósperas ocultan así “la aceleración del despilfarro, la obsolescencia programada y la destrucción, mientras que lo esencial de la población está condenado a la pobreza y a la miseria”²⁹. La estetización de la relación con la

²⁶ *Ibid.*, p. 46. Ver también p. 263: “El libre juego del pensamiento y la imaginación asume una función racional y directiva en la realización de una existencia pacífica del hombre y la naturaleza.”

²⁷ *Ibid.*, p. 34.

²⁸ La primera página del libro da el tono: “A la destrucción desmesurada del Vietnam, del hombre y de la naturaleza, del hábitat y de la nutrición, corresponden el despilfarro lucrativo de las materias primas, de los materiales y fuerzas de trabajo, la polución, igualmente lucrativa, de la atmósfera y del agua en la rica metrópolis del capitalismo”. Ver *ibid.*, p. 7.

²⁹ “Liberation from affluent society”, *loc. cit.*, p. 79.

naturaleza sustituye entonces el imperativo económico, y cada uno en este marco está en capacidad de reapropiarse el mundo como un espacio donde se despliegan sus facultades sensibles: jugar, buscar la belleza, aparecen en efecto como un horizonte social menos destructivo³⁰. Pero, por el otro lado, el cuidado aportado por el acceso a un universo post-económico no se opera por una lentificación de la máquina productiva; si la delegación de las funciones productivas a las máquinas automáticas libera espacio y tiempo para la reconquista de un psiquismo emancipado, esta reconquista se concibe aún como un alejamiento de las ocupaciones de subsistencia. La autonomía no está pensada del interior de esas tareas, a partir de las conexiones que ofrece el uso del mundo a la acción en lo que ella puede tener de más emancipadora y socializadora, sino como lo que se obtiene una vez que se resta de las relaciones sociales la parte que tiene que ver con nuestra existencia orgánica, con las necesidades.

En su discurso de 1967 sobre las sociedades de la abundancia, Marcuse define el horizonte histórico de la crítica por medio de la idea de una sociedad como “obra de arte”. Esta sociedad puede ser llamada “ecológica” en la medida en que ella permita la “restauración de la naturaleza después de la eliminación de la violencia y de la destrucción provocada por la industrialización capitalista”³¹. Pero si la estetización de las relaciones con el otro y con el mundo aparece claramente por contraste con el infierno económico, ella reposa sin embargo sobre una oposición entre necesidad y libertad que no deja de tener nexos con el régimen geo-ecológico de la época. La sociedad como obra de arte, es decir: como conjunto de relaciones no infeudadas en la producción y en las finalidades instrumentales, deja en efecto adivinar una concepción de la libertad que se emparenta con el lujo, con la protección de la esfera privada contra el carácter penoso y alienador del trabajo tal como se organiza en el mundo capitalista, pero más ampliamente también contra toda forma de obligación que no fuera explícitamente consentida, que fuera exógena a la esfera de los vínculos sociales. Esta ambivalencia de la libertad radical, concebida por Marcuse y después de él por los movimientos contra-culturales de los años 1960 y 1970³², aparece claramente en el siguiente pasaje:

Liberado de los imperativos de rentabilidad y de la eficacia capitalista, desembarazado de los imperativos de escasez artificialmente perpetuados por la organización capitalista de la sociedad, el trabajo socialmente necesario, la producción material, podría y deberían volverse (ya veremos su tendencia) cada vez más científicas. La experimentación técnica, la ciencia, podrían y deberían tomar la forma de un juego con las potencialidades —hasta el presente ocultas— del hombre y de las cosas, de la sociedad y de la naturaleza³³.

³⁰ Es interesante notar que, para Marcuse, la “reducción de la población futura” es una condición de esta liberación (*ibid.*, p. 272).

³¹ *Ibid.*, p. 88.

³² Sobre las ambigüedades de esos movimientos, ver Thomas Frank, *la Conquista de lo Cool: el Negocio de la Cultura y la contra-cultura y el Nacimiento del consumismo moderno*. Madrid: Alpha Decay, 2020. < Thomas Frank abunda en los orígenes de un procedimiento que sigue dándose en la actualidad, y cuyos efectos, aunque a veces pasen desapercibidos, tienen un profundo impacto en la evolución de las sociedades occidentales, donde los signos de cambio muchas veces aparecen transformados en una bohemia conformista y en la vacuidad hípster. Y para añadir un toque más perverso a esta relación, Frank desvela otra clave: muchas veces, la intención de revuelta y su asimilación en las dinámicas capitalistas van de la mano, se retroalimentan y colaboran para crear una fantasía en la que lo subversivo pierde su valor más allá de su interés como bien de consumo. La editorial >

³³ *Ibid.*, p. 88.

Si él hace de la *social engineering* su enemiga absoluta, en tanto que experimentación tecnocrática de gran amplitud que repite en modo menor la tragedia totalitaria³⁴. Marcuse consiente explícitamente en una organización científica de la producción, en la medida en que ella garantice una liberación de tiempo que se pueda usar en el juego, en el arte, y esto sobre la base de una versión realmente emancipadora de la abundancia. Lo que, como lo hemos dicho, algunos teóricos contemporáneos llaman hoy el *fully automated luxury communism* <comunismo de lujo totalmente automatizado> encuentra aquí su origen, pues aquí el concepto de lujo no tiene nada de irónico. El mundo exterior, la “naturaleza”, no han sido pura y simplemente puestos fuera del juego, sino que no se los acepta como participantes en una relación emancipada sino en la medida en que ésta sea no-funcional. Es completamente sorprendente anotar que, en esta visión tecno-futurista, los individuos (humanos) son los beneficiarios exclusivos del alivio de la presión productiva; para la mayoría de la población las necesidades materiales estarán satisfechas por autores técnicos autónomos, y los humanos por su lado puede dejar libre curso a sus tendencias extra-económicas, que son reputadas como las más nobles. Se cae de su peso que esto sólo es posible si la incorporación de los recursos y de los espacios a la subsistencia humana se continúan a un ritmo elevado, incluso si la relación estética con la naturaleza promete ser menos costosa, desde un punto de vista ecológico, que la relación de puro consumo.

El problema no es pues tanto que Marcuse haga o no la promoción inconsciente de un modo de vida fundamentado en la puesta a disposición masiva de bienes de consumo por parte de robots, sino que él piensa todavía la autonomía de los individuos como el resultado de una impermeabilidad ideal entre la esfera de la acción y el peso de las necesidades conectadas a la subsistencia. Se comprende claramente que, bajo su punto de vista, la emancipación de las necesidades con respecto a los bienes materiales “inútiles” que exige el consumo ostentatorio, corresponde a una lentificación de la vida económica. Pero si se compara la formulación de este ideal con el pensamiento socialista clásico, la diferencia es importante. En el siglo XIX, la autonomización de la vida colectiva pasa por una politización de las prácticas que tienden a integrar las cosas a las relaciones sociales (por intermediación del idioma corporativo, de la valorización del ingeniero, del potencial de socialización incluido en el esfuerzo industrial o en las relaciones con la tierra). Marcuse hace que su reflexión repose sobre una severa repartición de las actividades entre una esfera determinada de las necesidades, de la que tratamos de emanciparnos, y una esfera abierta a las posibilidades estéticas y lúdicas. Seamos claros: ninguna otra sociedad distinta al capitalismo industrial avanzado ha hecho posible alguna vez (o digamos: factible) una tal definición de la libertad.

Esta es la paradoja de la crítica freudo-marxista elaborada en los años 1960; importa poco que sea sinceramente ecologista o no, lo esencial es que sólo le conceda a la “naturaleza” un valor social en la medida en que ésta ya no aparezca como una instancia represiva. La antigua codificación de la naturaleza como obligatoria todavía opera, pero al revés: es sólo a partir del momento en que el mundo ya no pone a prueba las capacidades individuales y colectivas para negociar con vivientes, espacios, recursos, las condiciones de su autonomía, que este se vuelve un participante aceptable. Marcuse admite de cierta manera esta paradoja cuando hace de las inclinaciones aristocráticas por el arte, el paradigma de un libre uso de las facultades de la imaginación. Pues en la post-guerra a la aristocracia le pasa como a las masas populares: si su libertad se define como una exención de las tareas

³⁴ *Ibid.*, p. 91.

utilitarias, entonces estas deben delegarse en otros. En el segundo de los casos las máquinas sustituyen ciertamente (virtualmente) a los campesinos aplastados de servidumbres, pero se trata claramente en los dos casos de una externalización de las relaciones funcionales con el mundo, reputadas desprovistas de todo valor socializador o emancipador. Con Marcuse, *el paradigma de la autonomía-extracción pasa pues del lado de la crítica social*; o más contundente aún: *del lado de una crítica que se puede emparentar con una crítica ecologistas de la modernidad*.

Se comprende fácilmente que este género de teorías aparezcan en la época, como un paso al límite del ideal de autonomía y de democracia... a los ojos de los que defienden un orden social más clásico. La abolición total de los obstáculos puestos a la expresión de los deseos individuales bien podía ser vista por Aron y otros como una reivindicación insensata, puesto que contradictoria con una socialidad humana intrínsecamente inigualitaria y represiva. Aunque se admita que se pueden hacer reales progresos en dirección a la libertad y a la igualdad, el abandono de toda limitación consciente impuesta a las voluntades subjetivas aparece como la otra vertiente de la tiranía. De manera significativa, para Aron, el individualismo indisciplinado que veía operando en mayo de 1968, y el sustrato filosófico ofrecido por Marcuse... aparecían como expresiones típicas de una incapacidad de atenerse a horizontes limitados, como consecuencias tardías de un movimiento emancipador de acá en adelante privado de todo norte, y a su manera de ver, de toda credibilidad. La *hybris* tecnológica y el romanticismo contestatario podían así ser despachados sin darle razón alguna ni al uno ni a la otra, pues cada uno a su manera traduciría una dialéctica de la modernidad que tiende a absolutizar por un lado la abundancia y por el otro la libertad, sus dos pilares. Pero también acá, la apuesta no es darle razón ni a la una ni al otro, sino medir hasta qué punto el debate entre optimistas y pesimistas, defensa del *statu quo* y crítica radical, opone en el fondo dos maneras de consagrar la misma despolitización de las relaciones colectivas con el mundo físico y viviente.

Petróleo y átomo: las energías invisibles

Pasemos ahora al examen de la segunda hipótesis emitida al comienzo de este capítulo. Como muchos historiadores y sociólogos lo han mostrado, el crecimiento funcionó durante muchos decenios como la legitimación principal del capitalismo; a un ritmo elevado, permitió en efecto una compensación aceptable de las desigualdades de riqueza inducidas por la distribución de los ingresos siguiendo los mecanismos de mercado, y los Estados occidentales encontraron en esta función redistributiva y reguladora una de sus principales razones de ser. Asociada al contexto de guerra fría y al traumatismo totalitario aún muy cercano, esta configuración socio-económica pesó de manera decisiva en la formación del pensamiento político de la post-guerra; por un lado se podía defender todavía el pacto liberal clásico haciendo de las libertades económicas una dimensión constitutiva de la democracia y un factor de progreso social, y por el otro, la reivindicación de una emancipación radical que reposa sobre una separación entre la esfera de las actividades libres y la de las servidumbres materiales, asociadas al aparato represivo capitalista. La legitimación del orden capitalista como su crítica, dependen pues de un mismo fenómeno estructurador del nivel superior, más profundo, que es el crecimiento. La teoría crítica y el liberalismo comparten un mismo temor por la heteronomía, que se encarna para la primera en la colonización del deseo por la mercancía, y para la segunda en el abuso de poder del Estado y el conformismo

individualista. Pero cualquiera sea la constatación, se requiere que el orden social se abrigue en su dinámica interna, tanto más protegida de las influencias exógenas nefastas cuanto que tiene de aquí en adelante los medios técnicos y económicos.

Ahora bien, precisamente esos medios merecen ser expuestos y aclarados en tanto que tales. No solamente porque sin esto no se captaría adecuadamente el sentido de la autonomía propia del período de crecimiento rápido de los Treinta Gloriosos, sino también porque las formas sociales de la abundancia material no marchan ellas solitas. Como lo han mostrado ciertos trabajos de historia de las ciencias y de las técnicas, en particular los que se interesan en los recursos energéticos, la percepción de una ilimitación de los medios materiales luego de la Segunda Guerra mundial se sostiene no en un puro y simple crecimiento del esfuerzo productivo (realizado por hombres y máquinas), sino más bien a nuevos dispositivos tecno-políticos cuyas características permiten explicar su relativa invisibilidad a los ojos de los intelectuales euro-norteamericanos³⁵.

La profundización del concepto de abundancia que propone Timothy Mitchell en *Carbon Democracy* permite por ejemplo aclarar los lazos entre la solidez del orden democrático de los años de post-guerra y el conjunto de los dispositivos técnicos e institucionales puestos en funcionamiento para asegurar el aprovisionamiento energético. Mientras que el carbón era el recurso dominante hasta los años 1930, el petróleo, sin embargo ya envite de luchas intensas entre las potencias económicas y coloniales entre las dos guerras mundiales, se vuelve la clave del sistema económico mundial después de 1945. La reconstrucción de este sistema, en los acuerdos de Bretton Woods y la contribución de Keynes son componentes esenciales, reposa sobre la ambición de proteger los mercados y las economías nacionales contra las tendencias anárquicas de la especulación financiera se restablece el patrón-oro, pero si el dólar es escogido como moneda de referencia, es principalmente porque se trata de la divisa en la que se compra y se vende el petróleo. La regulación del comercio mundial, y por incidencia del crecimiento y del empleo, es así indisociable de un control ejercido sobre las actividades financieras y de una reserva de energía fósil que funciona como garantía del valor del dinero en la larga duración³⁶.

Pero más allá de estas instituciones bancarias y monetarias, que en el fondo responden a la inseguridad de los años 1920-1930, la estabilidad económica de la post-guerra también recurre a las propiedades materiales del petróleo. Éste, al contrario del carbón, es una sustancia fluida, fácilmente transportable, y que se extrae del subsuelo bajo el efecto de la presión negativa. Dicho de otro modo, no requiere la misma fuerza de trabajo que el carbón (geólogos e ingenieros más bien que mineros), ya se trate del momento de la extracción, de las rupturas de carga y del refinamiento, y se presta más fácilmente a una competencia global (gracias al desarrollo de los tankers). Estas son las razones por las cuales las potencias coloniales (o ex-potencias coloniales) occidentales tuvieron que montar firmas petroleras trans-nacionales, capaces de operar en el lugar pero también y sobre todo en los sitios de producción exteriores, en particular en el Oriente medio. Si no hubiera sido así, los empresarios locales hubieran tenido la posibilidad de ejercer una ruda competencia desfavorable a las ganancias. Estas características físicas y técnicas del aprovisionamiento en petróleo, acopladas a la determinación de poner en marcha la economía mundial y a la

³⁵ Ver por ejemplo la demostración de Richard Lane respecto al papel jugado por la Commission Paley al día siguiente de la guerra en la construcción del imperativo de crecimiento. "The American Anthropocene. Economic Scarcity and Growth during the Great Acceleration", *Geoforum*, vol. 99, 2019, pp. 11-21.

³⁶ *Carbon Democracy*, p. 112 ss.

capacidad de las principales potencias de proyectar su poder más allá de sus fronteras, hacen que emerja una red muy compleja de bancos, de Estados, de minas, de canales de aprovisionamiento, de normas técnicas, que es propia de los Treinta Gloriosos. Según Mitchell, es esta disposición singular la que permite, por ejemplo, comprender el mundo del que trataba de escapar Marcuse.

Incluso si bastante pronto el patrón-oro ya no será suficiente para encuadrar una economía en la que se vierten cantidades extraordinarias de combustible fósil, la experiencia keynesiana va a inscribir en la consciencia colectiva así como en las posibilidades económicas concretas de la época, la idea de una ilimitación de la economía. De forma bastante contra-intuitiva, Mitchell relativiza el esfuerzo de redistribución de las riquezas que sin embargo era indisociable de estas políticas para subrayar la afinidad entre la constitución de economías nacionales fundamentadas en una contabilidad rigurosa y expresada en términos abstractos (cuyo emblema es el indicador del PIB) y la seguridad aportada por el acceso a recursos fósiles superabundantes:

Democratic politics developed, thanks to oil, with a peculiar orientation towards the future: the future was a limitless horizon of growth. This horizon was not some natural reflection of a time of plenty; it was the result of a particular way of organizing expert knowledge and its objects, in terms of a novel world called ‘the economy’.³⁷

Entendamos bien lo que está afirmando Mitchell: la ilimitación de la economía es indisociable del paradigma de redistribución y de protección social asociada a Keynes. No solamente porque es necesaria la riqueza del petróleo para financiar este sistema, sino porque los instrumentos principales del proyecto de consolidación del capitalismo fueron la proyección de un poder post-colonial y la construcción de indicadores de crecimiento no relacionados con el metabolismo material.

La economía del carbón descrita en 1865 por Jevons, en el seno de la que la supervisión de las existencias domésticas toma una importancia capital, es progresivamente suplantada por una economía del petróleo en el seno de la cual la abundancia de los stocks se combina idealmente con estrategias industriales y financieras destinadas a mantener una escasez relativa (y por tanto precios bastante elevados). El carácter estratégico de las materias primas se mantiene esencialmente en esta sutil combinación: se requieren suficientes para alimentar una tecnoestructura en crecimiento rápido, pero suficientemente pocas como para garantizar la rentabilidad de la industria extractiva. La aparición de una “economía” cerrada sobre sí misma, centrada en movimientos de capitales pensados como un orden de realidad autónoma e independiente de los ciclos materiales, es a la vez la condición y el efecto de esta política de la escasez, y Mitchell llama “petro-saberes” <de “petróleo”, no de nuestro Herr President> los dispositivos intelectuales invertidos en el perfeccionamiento de esta política.

Si “la economía se vuelve así una ciencia de la moneda”³⁸, es pues gracias al mantenimiento hábil del equilibrio entre abundancia y escasez. En el plano sociológico, es también porque las condiciones de extracción y de encaminamiento del petróleo han limitado la emergencia de un movimiento para la justicia económica análogo al que obtuvo un cierto número de conquistas sociales en el último tercio del siglo XIX en Europa. Por lo demás es

³⁷ *Ibid.*, pp. 142-143. < “La política democrática se desarrolló, gracias al petróleo, con una peculiar orientación hacia el futuro: el futuro era un horizonte ilimitado de crecimiento. Este horizonte no era un reflejo natural de una época de abundancia; fue el resultado de una forma particular de organizar el conocimiento experto y sus objetos, en términos de un mundo novedoso llamado “la economía””>

³⁸ *Ibid.*, p. 131.

por esta travesía por donde se puede establecer una primera conexión entre el orden del petróleo y las formas de la crítica de los años 1960. Desde que ya no se puede apoyar, para orquestar el brazo de hierro entre dominantes y dominados, sobre una masa crítica de operarios directamente implicados en el aprovisionamiento energético —es decir en una clase que tiene la mano sobre el nervio de la economía—, la contestación de la autoridad económica debe cambiar de forma. Privada de la fuerza involuntariamente conferida al proletariado del carbón por la industria de antes de la guerra, la crítica debe reposicionarse, reconfigurarse en otro plano³⁹. Por lo demás Marcuse lo dice claramente: no fue que las clases inferiores hicieron defección al contra-movimiento, por pereza o falta de lucidez, sino que vieron claramente que tenían mucho más que esperar de las recaídas del crecimiento que de la persecución del brazo de hierro social. La pacificación democrática de la post-guerra tiene que ver no tanto con una relación de fuerzas entre clases como con las medidas prudentes de socialización de los beneficios industriales, percibidos como una condición de perpetuación de la economía. En estas condiciones, fue una élite artista venida de la burguesía la que fue investida de la misión crítica, puesto que sólo ella estaba en condiciones de darle un sentido político a sus desilusiones; la valorización de la relación estética y lúdica con el mundo material y la delegación aristocrática de las tareas funcionales en los autómatas se comprenden perfectamente como la consecuencia de un debilitamiento de la reflexividad material que antes tenían las clases productivas en la economía del carbón. Desde este punto de vista, Marcuse aparece como un pensador que si no es lúcido, por lo menos es perfectamente sintomático de la configuración histórica en la que está atrapado, la del petróleo.

A estos elementos habría que añadir un segundo tipo de aclaración hecha posible por la historia y la sociología de las ciencias y de las técnicas. En efecto, la economía de los Treinta Gloriosos se caracteriza por una distorsión profunda de los puntos de referencia espacio-temporales en los que se desplegaban antes la participación entre humanos, máquinas y medios. Hemos visto en lo que precede que la elaboración de la sociedad mercantil había afectado ya el universo esencialmente local de las economías agrarias, pero esto sólo se hacía en proporciones limitadas; el espacio y el tiempo seguían siendo en este contexto aún factores determinantes del valor de las mercancías (*via* los costos de transporte y de seguros, la degradación de las materias) y las fronteras nacionales dibujaban aún la trama de fondo de los intercambios económicos. Una de las características de la modernización propia de la post-guerra, especialmente bajo el efecto de las grandes organizaciones supranacionales que se ponen en funcionamiento, es que ella pasa por la definición de estándares técnicos y comerciales indiferentes a la geografía y a las lenguas. La cadena de producción y de aprovisionamiento en petróleo, por ejemplo, asocia instrumentos, normas, saberes, cálculos, disposiciones contractuales, ampliamente independientes de las discontinuidades nacionales. Estos ensamblajes, en los que se cuelan idealmente las firmas multinacionales, no son ni locales ni universales, pero se extienden en red siguiendo una espacialidad que les es propia⁴⁰. Se vuelve entonces muy difícil saber dónde es que uno se sitúa en una cadena de valor, cómo se organiza la distribución espacial de las actividades y de las contribuciones a la riqueza,

³⁹ Este movimiento de la crítica es analizado por Claus Offe en “New Social Movements. Challenging the Boundaries of Institutional Politics”, *Social Research*, vol. 52, n° 4, 1985, pp. 817-868.

⁴⁰ Sobre esas formas de disponerse, ver Andrew Barry, “Technological Zones”, *European Journal of Social Theory*, vol. 9, n° 2, pp. 239-253; ver también el concepto de “technoscape” desarrollado por Arjun Appadurai, *Modernity at Large. Cultural Dimensions of Globalization*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1996.

pues el viejo modelo de la administración estática del territorio, que hacía de cierta manera legibles las relaciones entre economía, sociedad y espacio, se reencuentra ampliamente competida por la administración indirecta y no-jurídica conducida por las firmas industriales y las instituciones reglamentarias supra-nacionales.

Este embrollo espacial, donde el espacio de soberanía y los modos de regulación económica ya no coinciden (o no tanto como antes), tiene por efecto principal limitar drásticamente la capacidad de los actores políticos indicar adecuadamente desde dónde proviene el esfuerzo material requerido para el desarrollo, y en qué condiciones concretas se produce este esfuerzo. Típicamente, la idea de que la abundancia material podría desencadenar una emancipación con respecto al trabajo y la elaboración de una sociedad del ocio, es inconcebible sin que se descuide la contribución forzada que dan los territorios extra-occidentales y el costo real de las aventuras geoestratégicas y militares que la hacen posible. O dicho de otro modo: a la crítica anti-materialista le falta una parte importante de las condiciones materiales en las que se despliega. Es aquí donde la intuición de Fichte con respecto a la ubicuidad de los modernos se prolonga bajo una nueva forma, asunto sobre el que regresaremos un poco más adelante: es sólo mucho más tarde que la externalización de los costos ecológicos y sanitarios del desarrollo va a volverse un elemento central de la crítica medioambiental, pero podemos de entrada subrayar hasta qué punto la reorganización espacio temporal de la economía penetra el imaginario político de la post-guerra. Mitchell recuerda por ejemplo que los indicadores económicos puestos en operación en la época, el PIB y el PNB en particular, funcionan como dispositivos de invisibilización de los “costs of air pollution, environmental disaster, climate change and the other negative consequences of using fossil fuels were not deducted from the measurement of GNP. Since the measurement of the economy made no distinction between beneficial and harmful costs, the increased expenditure required to deal with the damage caused by fossil fuels appeared as an addition rather than an impediment to growth”⁴¹. Y en la medida en que lo esencial de esos gastos son virtuales, esto hace pesar en un porvenir invisible la inevitable corrección de la medida del desarrollo. O dicho de otro modo: el tiempo también queda afectado por el régimen económico de aquellos años.

Pero el ejemplo más sorprendente de la dislocación temporal que recorre las sociedades de post-guerra no viene tanto de la economía del petróleo como de los grandes proyectos nucleares, cuyo ejemplo principal es Francia. La puesta en funcionamiento de una industria nuclear civil permite en efecto comprender que la externalización hacia el futuro de los costos del desarrollo, no es un simple fenómeno contable de transferencia de valor; posee una significación política mucho más general. La identidad y el orgullo nacionales, luego de la humillación de 1940, se fundamenta idealmente en un proyecto esencialmente técnico que, al mismo tiempo que promete la independencia energética de la nación, ofrece también el

⁴¹ *Carbon Democracy*, p. 140 < “los costos de la contaminación del aire, los desastres ambientales, el cambio climático y otras consecuencias negativas del uso de combustibles fósiles no se dedujeron de la medición del PNB. Dado que la medición de la economía no distinguía entre costes beneficiosos y perjudiciales, el mayor gasto necesario para hacer frente a los daños causados por los combustibles fósiles aparecía como un añadido más que como un impedimento para el crecimiento.”> Sobre la construcción social del crecimiento a partir de los indicadores económicos, ver los trabajos de Matthias Schmelzer: “the Growth Paradigm. History, Hegemony, and the Contested Making of Economic Growthmanship”. *Ecological Economics*, nº 118, 2015, pp. 262-271; *the Hegemony of Growth. The OECD and the Making of the Economic Growth Paradigm*, Cambridge: University Press, 2016.

sustrato de un discurso de la autonomía y del progreso⁴². La implicación de los grandes cuerpos de Estado y la formación de una nueva élite técnica, la puesta en operación de un sector industrial específicamente francés, la asimilación del dominio nuclear a la soberanía nacional y la difusión de un imaginario del prestigio técnico... son los diferentes componentes de un conjunto tecnopolítico en el que las propiedades materiales de la energía nuclear son investidas para construir una consciencia política segura de ella. Pero, si el gobierno francés de los años 1950 se sostiene en buena parte en estos dispositivos, se puede decir además que es indisoluble de una captación del porvenir; la cuestión de los desechos y del devenir de las centrales después de su utilización ha sido masivamente tratada como un problema para el futuro⁴³, así más ampliamente que el marchitamiento a largo término de una industria que sólo con la condición de empujar hacia el porvenir sus consecuencias sin embargo conocidas es competitiva y defendible en tanto que modelo económico y político⁴⁴. Si el pensamiento catastrofista ha dramatizado esta dimensión temporal del sistema nuclear afirmando que el sólo se sostiene eufemizando el horizonte de un accidente posible (cuando no probable), se puede decir más generalmente que la política del átomo depende de una actitud optimista con respecto al porvenir; se trata pues de un gobierno por la promesa. Más precisamente, esta política construye el porvenir como la repetición indefinida del presente (seguridad energética y orgullo nacional) en el momento mismo en que está comprometiendo paradójicamente esta repetición.

Si se reinscribe en este momento estos elementos de historia política de las tecnologías energéticas en una temporalidad un poco más amplia, se puede hacer una idea de las transformaciones sufridas luego de la Segunda Guerra mundial en la asociación geo-ecológica entre la sociedad y el mundo. El proceso de modernización que se inicia en el momento de la doble revolución material y política del siglo XIX tomó la forma de un distanciamiento de las afordancias de la tierra, que habían estructurado antes la vida social. Como lo ha mostrado Polanyi, éstas no han sido pura y simplemente abolidas, y por lo demás no podrían serlo; su puesta en sordina por la emergencia espectacular de las afordancias de la máquina y del mercado plantea la cuestión de su persistencia y de su compatibilidad con un ideal de autonomía progresivamente vinculado a las aspiraciones de las clases industriales. Después de 1945, la gran aceleración consiste en un relanzamiento del proyecto modernizador en proporciones aún más masivas, pero igualmente sometido a dispositivos reguladores más poderosos, cuya principal encarnación va a ser el Estado social del crecimiento. Pero mientras que la implicación del “pueblo de los productores” (para utilizar el léxico saint-simoniano), en el esfuerzo económico contribuyó en el siglo XIX a la formación de una conciencia política que vinculaba explícitamente la búsqueda de la

⁴² Gabrielle Hecht. *Le Rayonnement de la France. Énergie nucléaire et identité nationale après la Seconde Guerre mondiale*. París: la Découverte, 2004, & “Invisible Production and the Production of Invisibility”, in Daniel Lee Kleinman (dir.), *Routledge Handbook of Science, Technology and Society*. Londres: Routledge, 2014.

⁴³ Yannick Barthe. *Le Pouvoir d'indécision. La mise en politique des déchets nucléaires*. París: Économica, 2006.

⁴⁴ Y a esto se le podría añadir que, la industria atómica procede también por externalización espacial: las minas de uranio están situadas en efecto principalmente en las antiguas regiones colonizadas, lo que induce una tutela económica y sanitaria indirecta pero bien presente. Sobre estos envites cfr. Gabrielle Hecht, *Uranium africain. Une histoire globale*. París: Seuil, 2016.

abundancia con la autonomización de un sujeto colectivo de ahora en adelante llamado “sociedad”, dicha conexión es luego sometida a una ruda prueba.

Y lo fue primero por la asimilación de la protección de la sociedad a los dispositivos planificadores tendencialmente represivos (ya sea que fueran de inspiración comunista o fascista); el discurso liberal y neoliberal encontró así en la crítica del totalitarismo su principal argumento defensivo de una justicia del mercado contra el abuso del Estado. Pero este es apenas el signo de una transformación más profunda del paisaje. En efecto, el orden petrolero y, en menor medida a escala mundial, nuclear se caracteriza por aquello que podríamos llamar las *afordancias negativas*. La tierra como las máquinas térmicas de la primera industrialización ofrecen a la agentividad social tomas efectivas, bastante ampliamente localizadas en el espacio y situadas en el tiempo: humanos y no-humanos cooperaban en un medio común en el que se confrontaban directamente, donde ellos estaban en contacto casi inmediato los unos con los otros. El petróleo y el átomo, por contraste, en razón de las disposiciones tecnopolíticas que los hacen socialmente efectivos, empujan una atenuación de la reflexividad material, lo que un poco antes hemos llamado su eclipse. La externalización espacio temporal de los costos, la construcción de un imaginario político girado hacia la ilimitación del orden económico, la aparente “gratuidad” de los recursos abundantes, la confusión de los puntos de referencia territoriales clásicos por la construcción de redes técnicas, financieras y normativas transnacionales, todos estos elementos de los que ciertamente se encuentran trazas desde el siglo XIX, adquieren una importancia crucial después de 1945. Ahora bien, es esto lo que constituye una red de *afordancias negativas*; se vuelve mucho más difícil que antes hacer reposar sobre la manipulación efectiva de los recursos, de las riquezas, de los medios, la formación de la consciencia política, y especialmente la consciencia crítica.

La somnolencia de la crítica durante los Treinta Gloriosos que deplora Marcuse y muchísimos otros teóricos críticos tiene que ver con el poder de convicción del crecimiento y de la comodidad. Pero, más profundamente, remite a esta negatividad de las *afordancias materiales*, a esta capacidad paradójica del orden geo-ecológico que se pone entonces a volver entonces abstractas, distantes, por no decir inmateriales, las condiciones efectivas de la integración colectiva en las dinámicas ecológicas. Políticamente, el carácter literalmente inaprensible, invisible, de las condiciones materiales de existencia común explica la mutación del pensamiento crítico. Y, desde este punto de vista, el gesto contra-cultural de Marcuse y de muchos otros autores contemporáneos se inscribe él mismo en este eclipse de la reflexividad material. Evidentemente, las alertas medioambientales lanzadas desde el siglo XIX no han sido totalmente olvidadas, y sería por tanto abusiva el negar toda consciencia ecológica durante tal período. Pero, desde un punto de vista más distanciado, ella aparece claramente como una fase transitoria en la evolución de las relaciones entre autonomía y abundancia, marcada por el carácter negativo de las *afordancias políticas* del petróleo y del átomo. La consolidación del mercado y de la conquista técnica del mundo, que se ha hecho posible por el establecimiento temporal de contrapesos eficaces, ha hecho posible así la prolongación de las promesas por tanto antiguas del pacto liberal.